

Jean Meyer

El Sinarquismo, el Cardenismo y la Iglesia (1937-1947)

Tusquets, México, 2003, 317 págs.

Javier Bañuelos Rentería

La década de 1937 a 1947 es fundamental en la historia reciente de México. Del radicalismo popular y nacionalista del general Cárdenas se transita hacia el desarrollismo industrializador impulsado por el presidente Miguel Alemán. Son también años cruciales en la relación de México con el mundo; la Segunda Guerra mundial facilita el acercamiento con Estados Unidos. Es en ese marco que se da el surgimiento, auge y crisis de la Unión Nacional Sinarquista, tema del nuevo libro del historiador Jean Meyer.

Interesado por las relaciones entre política y religión en México, Meyer es autor, entre otros libros, de *La Cristiada*, texto clave para entender la guerra cristera, y de *El Sinarquismo: ¿un fascismo mexicano?*, publicado en 1979. Ahora, casi dos décadas después, apoyándose en nueva bibliografía, sobre todo en el volumen que contiene las memorias del líder más sobresaliente del Sinarquismo, Salvador Abascal, el autor retoma el estudio del último movimiento católico de masas ocurrido en el país.

Fundada en 1937 durante la etapa más radical del cardenismo, la UNS alcanza su clímax, en cuanto a número de afiliados y a capacidad de movilización, durante la jefatura del joven abogado michoacano Salvador Abascal. Entre 1940-1941 llega a contar con aproximadamente 500 mil registrados, en su gran mayoría campesinos pobres de los estados del centro. Sus concentraciones multitudinarias impactan no sólo al gobierno de Manuel Ávila Camacho sino que alertan a Estados Unidos y a las autoridades del Vaticano justo en un

momento en el que el mundo se precipita hacia la Segunda Guerra Mundial.

Para comprender al Sinarquismo, nos dice Meyer, hay que entenderlo como producto de la tensión social derivada del enfrentamiento entre política y religión que afectó y sigue afectando al mundo occidental. En México, el proceso de secularización de la vida pública ha sido largo y tortuoso, y arranca prácticamente con la consumación de la independencia. Establecer el rumbo y el perfil de la nueva nación requería antes que nada de una separación definitiva entre lo religioso y lo político. El triunfo de la élite liberal supuso el predominio del Estado sobre la Iglesia, y la definición de la experiencia religiosa como algo circunscrito a la intimidad del individuo. La ruptura entre ambos universos fue tajante, abrupta y sumió a buena parte del México católico en el desconcierto y el rencor. A partir del fusilamiento de Maximiliano, la capacidad de adaptación de la jerarquía y del pueblo creyente (ambos vinculados a Roma), fue puesta a prueba. Debieron entonces enfrentar un dilema: reunir fuerzas para volver a retar al liberalismo o insertarse en el nuevo marco institucional para desde ahí modificar a su favor el entorno político. La historia del siglo veinte mexicano registra actividades en ambas direcciones. La formación del Partido Católico Nacional en 1911, la Guerra Cristera de 1926-29 y la Unión Nacional Sinarquista fundada en 1937, son tal vez los momentos estelares de una disputa que por su persistencia en el tiempo parece interminable.

La singularidad del Sinarquismo, de acuerdo con Meyer, está en su capacidad para construir un discurso político que va más allá del reclamo de libertad religiosa delineando todo un programa de acción social y económica contrapuesto al de los revolucionarios. La facción más radical del Sinarquismo, representada por Abascal, no busca

reformular al régimen posrevolucionario, sino sustituirlo. Tiene una oferta, ciertamente confusa y excluyente, de un nuevo orden social. Un plan para ajustar a la comunidad católica a los requerimientos de la modernidad. Meyer define al Sinarquismo como un movimiento social inscrito en la tradición de los populismos nacionalistas latinoamericanos.

El fracaso del Sinarquismo le permite a Meyer demostrar el gran equívoco que significa seguir viendo a la iglesia católica como un bloque monolítico. Finalmente la jerarquía católica y la élite dirigente del Estado resuelven sus diferencias sin importarles "la grey que los 'pastores', tanto religiosos como seglares, pueden, con toda impunidad, trasquilar, capar y mandar al matadero." ❧

Daniel González Dueñas

Las figuras de Julio Cortázar

Aldus, México, 2002, 222 págs.

José Rivera

Mirar las estrellas es dibujarlas.
Persio

En la obra de Julio Cortázar la función poética del texto literario está más que definida; escribir es un juego serio, pero divertido, y Cortázar deliberadamente es un gran jugador por vocación y por convicción. De modo inevitable, la lectura se convierte en un gran desafío, pero también en un infinito placer. Hay una implícita complicidad entre el autor y el lector, o al menos ésta es la intención primera de Cortázar.

En esta escritura mágica, lúdica, en ocasiones hermética, se activa una perfecta armonía entre el azar y la intuición, elementos insustituibles y primordiales del sentido originario del juego.

Y es en esta parte del juego donde Julio Cortázar se divierte con un